(Italiano) «La tua felicità è anche la mia».

(Italiano) Cuando llegaron nuestros hijos, nos planteamos una pregunta importante: ¿qué educación queríamos darles? Uno de nosotros es creyente y el otro no. ¿Cómo transmitirles unos valores sin ocultar nuestras diferencias y, sobre todo, sin darles mensajes contradictorios?

Lo hablamos largamente, buscando juntos un camino. Decidimos ofrecer a nuestros hijos una educación cristiana porque deseábamos que conocieran la riqueza de la fe. Asistieron a la catequesis y recibieron los sacramentos. Pero, a medida que fueron creciendo, quisimos dejarles la libertad de elegir su propio camino.

No siempre fue fácil. Los niños observan, hacen preguntas y perciben enseguida las diferencias: *«Si papá no va a misa, ¿por qué tengo que ir yo?»*, nos preguntaban.

Estas preguntas se convirtieron en valiosas oportunidades de diálogo. Intentamos explicarles que detrás de nuestras decisiones no había indiferencia ni comodidad, sino convicciones personales que habían ido madurando con el tiempo. Queríamos que comprendieran que es posible pensar de manera diferente y seguir amándose profundamente.

También nosotros tuvimos que aprender. Nos ayudó mucho compartir nuestras experiencias con otras parejas que habíamos conocido en los encuentros del Movimiento, en las que uno de los cónyuges era creyente y el otro no. Su experiencia nos animó a encontrar nuestro propio camino, sin pretender tener todas las respuestas.

Hay un episodio que recordamos con especial cariño.
Un día, mientras viajábamos en coche, escuchamos en la radio un programa sobre el matrimonio civil.
Nuestro hijo mayor nos preguntó cuál era la diferencia entre un matrimonio civil y uno celebrado por la Iglesia.
Después de escuchar nuestra explicación, nos hizo una pregunta todavía más profunda: *«Entonces, ¿por qué os casasteis por la Iglesia si papá no cree?».*

Su madre estaba buscando las palabras adecuadas cuando su padre tomó espontáneamente la palabra.
Explicó que, aunque no era creyente, había elegido casarse por la Iglesia porque sabía lo importante que era para su esposa.
Era su manera de respetar y acoger algo muy valioso para la persona que amaba.

Nuestro hijo escuchó atentamente y pareció satisfecho con la respuesta. También para nosotros fue un momento especial. Su madre pensó que ella misma no habría sabido explicarlo mejor.

Con el paso de los años, hemos ido comprendiendo cada vez más el valor de esta elección. Nuestras diferencias no han desaparecido, pero hemos intentado que no se conviertan en muros que nos separen.

Al contrario, se han transformado en oportunidades para escucharnos, conocernos mejor y crecer juntos.

Hemos procurado transmitir a nuestros hijos no solo valores a través de las palabras, sino sobre todo una forma de vivir: respetar al otro, acogerlo en su diversidad y desear sinceramente su felicidad.
Hoy, al observar cómo viven sus propias relaciones, nos parece reconocer algo de lo que hemos intentado construir juntos.

Hemos descubierto que la felicidad del otro puede convertirse también en la nuestra. Y que el amor verdadero no exige que el otro sea igual a nosotros, sino que le deja la libertad de ser él mismo.

J.y M.A.

(Foto di StockSnap da Pixabay)